

A menudo en el pasado le he preguntado a la gente su impresión de la primera lectura de hoy. Sin excepción, han dicho que suena espantosa. Lo que parecen oír es que será el tiempo de «la gran tribulación [cuando] la luz del sol se apagará . . . [y] caerán del cielo las estrellas»—«un tiempo de angustia, como no lo hubo desde el principio del mundo» y «[unos] despertarán . . . para el eterno castigo».

Tendemos a escuchar sólo las palabras negativas de la Escritura, no sus promesas. En el pasado la gente no parecía escuchar al Profeta Daniel hablar acerca de los que «despertarán . . . para la vida eterna,» acerca de los que «brillarán como el esplendor del firmamento» y acerca de «los que enseñan a muchos la justicia, [que] resplandecerán como estrellas por toda la eternidad». No parecen escuchar que nuestro Señor Jesucristo vendrá para congregar a todos nosotros, sus hermanos y hermanas, de todas las partes del mundo.

Los primeros cristianos no temían el advenimiento de Cristo. En cambio, pensaban en ello como un tiempo cuando el Señor volvería a su gente y condenaría las injusticias del mundo.

Los cristianos estaban siendo matados de formas horribles a causa de su fe en el Señor Jesús.

En todo su mundo, la guerra causaba sufrimiento indescriptible. Los pobres, especialmente las mujeres, los niños, y los ancianos murieron de hambre mientras que los ricos se alimentaban de manjares. El mundo estaba lleno de dolor y sufrimiento, pecado y muerte. Esto no es lo que Dios creó al mundo para ser. Por lo tanto, los primeros cristianos oraban , «¡Maran atha! ¡Ven, Señor!» (I Corintos 16:22) y creían que el Señor estaba diciendo, «Si vengo pronto» (Apocalipsis 22:20).

El mundo no ha cambiado mucho. El extraño, el inmigrante, continúa a ser oprimido. Las guerras continúan. Todavía escuchamos de genocidio en todo el mundo. Aquí, en los Estados Unidos, el aborto, la pena capital, y la pobreza—todos parecen ser aceptados por algunos y aprobados por otros, explícitamente o implícitamente. Los Estados Unidos tiene más personas en prisión que cualquier otro país en el mundo. Los ricos se

enriquecen más y los pobres se hacen más pobres. La codicia casi llevó a nuestro país a la ruina económica. El mundo no ha cambiado mucho.

Sin embargo, no debemos perder la esperanza. No debemos perder la determinación de hacer lo que esté en nuestras manos para aliviar el sufrimiento en este mundo. Como los primeros cristianos, tenemos la esperanza que otros no pueden tener. Tenemos a Jesús y sus promesas. Con su ayuda, tenemos la esperanza que finalmente todas las guerras terminarán. Con su ayuda, tenemos la esperanza que el hambriento será alimentado. Con su ayuda tenemos esperanza que los racistas y los sexistas no prevalecerán. Tenemos la esperanza que la opresión no superará a los vulnerables. Tenemos la esperanza que los que hacen el mal no acabará victoriosos. ¿Por qué tenemos esta fe? A causa de que el sufrimiento, pecado, y muerte no son una parte de el plan de Dios para su gente.

Escuchen a la sección central de la lectura del Evangelio de hoy. «Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad». Esa es la Buena Nueva, el Evangelio. Nuestro Señor traerá un cielo nuevo y tierra nueva. Veremos el triunfo de bondad y estaremos presente cuando el Señor congrege su propia gente a sí mismo. Creyendo en el Señor y esperando en sus promesas, ponemos nuestra atención en el trabajo a mano: por medio de nuestras palabras y de nuestras acciones debemos compartir la Buena Nueva y debemos hacer todo lo posible para realizarse el reino de Cristo en la tierra, como oramos en el Nuestro Padre, «. . . venga a nosotros tu reino . . . como en el cielo». Aún cuando nos sintamos vencidos por las tinieblas, debemos recordar que la Luz vendrá, que este presente problema, lo que puede ser, esto también pasará. Debemos escuchar las promesas de Dios. Como Jesús nos dijo, no sabemos cuando volverá. Pero sabemos que Jesús, el Señor de la Luz, va a venir. Y, así, hasta que él venga, continuamos, por lo que hacemos y lo que decimos, para ayudar a hacer del mundo un lugar de paz y la seguridad mientras seguimos orando la oración que se nos ha enseñado: «Venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».